



Revista Affectio Societatis
Departamento de Psicoanálisis
Universidad de Antioquia
affectio@antares.udea.edu.co
ISSN (versión electrónica): 0123-8884
ISSN (versión impresa): 2215-8774
Colombia

2015

Luciano Lutereau & Santiago Thompson

LO QUE INTERPELA EN LA PAREJA. TRES MOMENTOS DE LA NO-PROPORCIÓN SEXUAL

Revista Affectio Societatis, Vol. 12, N.º 23, julio-diciembre de 2015

Art. # 8 (pp. 116-129)

Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia
Medellín, Colombia

LO QUE INTERPELA EN LA PAREJA. TRES MOMENTOS DE LA NO-PROPORCIÓN SEXUAL

Luciano Lutereau¹

Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales,
Argentina
llutereau@gmail.com

Santiago Thompson²

Universidad de Buenos Aires, Argentina
sthompson@psi.uba.ar

Resumen

En este artículo nos detendremos en tres momentos de la enseñanza de Lacan, con el propósito de ubicar el lugar concedido al partenaire amoroso cuando esté no puede ser reducido a la condición de semejante. Nuestro objetivo radica en localizar una estructura común en los diferentes períodos: la función de la interpelación. Los tres momentos en que nos detendremos son: la concepción del pacto de amor en el seminario 3; las consecuencias de la introducción del objeto *a* a nivel del deseo en el seminario 10; el seminario 14, en el que se anticipan los desarrollos sobre el goce femenino posteriores del seminario 20. El recorrido explicita su condición de goce supuesto a la falla inherente al encuentro sexual.

Palabras clave: Lacan, deseo, goce, amor.

INTERPELLATIONS WITHIN THE COUPLE. THREE MOMENTS OF THE NO SEXUAL RELATIONSHIP

Abstract

In this article we will study three moments of Lacan's teaching in order to locate the place of the loving partner when he cannot be reduced to the condition of counterpart. We intend to find a common structure in different periods: the function of interpellation. The three times we will study are: the conception of love pact in Seminar III; the consequences of the introduction of the object *a* at the level of desire in Seminar X; Seminar XIV, wherein the developments on feminine *jouissance* from Seminar XX are anticipated. The study explains its condition of *jouissance* presupposed in the failure inherent in sexual encounter.

Keywords: Lacan, desire, *jouissance*, love.

CE QUI INTERPELLE CHEZ LE COUPLE. TROIS MOMENTS DU NON RAPPORT SEXUEL

Résumé

Cet article abordera trois moments de l'enseignement de Lacan, dans le but de repérer la place accordée au partenaire amoureux quand celui-ci ne peut pas être réduit à l'état de semblable. L'objectif est de trouver une structure commune à différentes périodes : la fonction de l'interpellation. L'on examinera donc trois moments : le concept de pacte d'amour dans le Séminaire 3; les conséquences de l'introduction de l'objet *a* au niveau du désir dans le Séminaire 10; le Séminaire 14, où les développements du Séminaire 20 sur la *jouissance* féminine sont anticipés. Le parcours explicite sa condition de *jouissance* attribuée à la faille inhérente à la rencontre sexuelle.

Mots-clés : Lacan, désir, *jouissance*, amour.

Recibido: 19/11/14

Aprobado: 11/02/15

1 Psicoanalista. Lic. en Psicología. Lic. en Filosofía. Magíster en Psicoanálisis, Universidad de Buenos Aires. Docente universitario e investigador, Universidad de Buenos Aires y Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales (Argentina).

2 Psicoanalista. Magíster en Psicoanálisis, Universidad de Buenos Aires. Investigador y ex-becario UBACyT. Docente de la Facultad de Psicología en la cátedra I de Clínica de adultos.

Desde sus orígenes el psicoanálisis se interesó por las cuestiones de la falta de proporción entre los sexos. En efecto, no hubo que esperar a una especialización o a una clínica específica (llamada “de pareja”) para que este tópico fuera considerado relevante en la orientación lacaniana. Sin embargo, en los trabajos más recientes sobre el tema insiste una vía de aproximación, al destacar ese punto en que el otro ya no es un “par”. Queremos decir: cuando el encuentro entre los cuerpos presentifica la asimetría entre los sexos a nivel del deseo y el goce.

Colette Soler, en su libro *La maldición sobre el sexo* (2000), basado en un curso dictado en la Sección Clínica del Departamento de Psicoanálisis de la Universidad de París VIII (1996-97), lo afirmaba en estos términos:

En el fondo, es un problema de nudo —sin equívocos—; pienso más bien en el nudo del amor. El problema es conectar, anudar el goce a otro, un semejante, y además otro sexuado, lo que hace que ya no sea en absoluto semejante (Soler 2000, 9).

De este modo, al introducir la cuestión del goce —y su carácter singular, imposible de ser compartido—, el otro del amor es irreductible a la identificación imaginaria. Se trata de un otro que no es tan otro.

En esta misma dirección avanzaría J. A. Miller en su curso de los años 1997 y 1998, que recientemente fuera publicado con el título *El partenaire-síntoma* (2008). Al igual que Soler, Miller analiza al partenaire en términos de goce, al ubicar los diversos modos de gozar de los seres hablantes, delimitando sus respectivas posiciones sexuadas, de acuerdo con la última enseñanza de Lacan en torno a la sexuación.

Por último, en una aproximación más reciente, J. Allouch (2009) también recurrió a la confección de un giro neológico para nombrar el aporte de Lacan al campo del goce: “El amor Lacan”. Luego de un análisis de las diversas figuras del amor en la enseñanza lacaniana (el amor cortés, el amor místico, etc.), Allouch propone una fórmula para cernir una versión novedosa: “El amor que uno no obtiene”. Para Lacan, no sólo habría un amor relegado a lo imaginario, sino también formas simbólicas del mismo: el pacto y el don. Sin embargo, estas configuraciones son relevadas en la dirección de la enseñanza de Lacan hacia lo real. Así, por ejemplo, ocurre en el *Seminario 20* al vincular el amor —a través del alma (condensada en un neologismo “almor”)— con el goce femenino. De este modo, una vez más, también para Allouch la cuestión del amor se orienta desde la perspectiva del goce. Mientras el amor en un estatuto “purificado” hace del otro un par, la dimensión del goce introduce una hiancia entre lo que está tomado por el todo fálico y el no-todo del lado femenino. Es decir, el goce introduce en la pareja la dimensión de lo *hetero*.

En este artículo nos detendremos en tres momentos de la enseñanza de Lacan, con el propósito de ubicar el lugar concedido al *partenaire* amoroso cuando esté no puede ser reducido a la condición de semejante.

Este recorrido no pretende la exhaustividad, ya que nuestro objetivo radica en localizar una estructura común en los diferentes períodos: la función de la interpelación. Ubicamos en esta función el modo en que el encuentro entre los sexos pone en cuestión los semblantes masculino y femenino, así como la posición del *partenaire* respecto del amor, del deseo y del goce.

Más allá de la acepción de doble imaginario, el amado interpela al amante adquiriendo, entonces, una alteridad radical. Los tres momentos en que nos detendremos son: la concepción del pacto en el *Seminario 3*; las consecuencias de la introducción del objeto *a* en el *Seminario 10*; y el *Seminario 14*, en el que se anticipan los desarrollos posteriores del *Seminario 20*.

A partir de esta última vía, nuestro objetivo será cuestionar la idea del goce femenino como un goce inefable, esclareciendo su condición de supuesto a partir de que “No hay acto sexual” (según la expresión de *La lógica del fantasma*). En última instancia, las tres referencias que habremos de elaborar en este artículo apuntan a demostrar versiones de la falta de complementariedad entre los sexos y sus consecuencias psíquicas.

El pacto del amor

En el *Seminario 3: Las psicosis* (1955-1956), Lacan plantea una estructura de relación entre el sujeto y el Otro a través del reconocimiento, siendo que en la psicosis se juega la exclusión del Otro como vía de realización de la palabra. Dicho de otro modo, el Otro de la palabra es la sede de un “tú eres” que marca la posición desde la cual, en el caso de la neurosis, se plantea una pregunta... con el yo. Este último es sede de la pregunta, pero no es quien se la formula, sino quien padece sus efectos.

Con esta estructura, para el caso, es que Lacan propuso el valor del Edipo. Más allá de la atribución de un deseo de matar al padre o de acostarse con la madre, el complejo de Edipo instituye una función particular de la alteridad que se convierte en instancia de interpelación: el yo necesita del Ideal para sellar su configuración narcisista, el sujeto requiere del Superyó para localizarse como dividido en la culpa, entre otras.

A su vez, estas operaciones implican un estatuto signifiante en la medida en que el sujeto recibe del Otro su propio mensaje invertido. Así, la interpelación se convierte también en interlocución. Este hecho se verifica en que la significación del mensaje recibido es menos importante que el acuse de recibo que se pone en juego:

Hay uso estricto del significante a partir del momento en que, a nivel del receptor, lo que importa no es el efecto del contenido del mensaje, no es el desencadenamiento en el órgano de determinada reacción debida a la llegada de la hormona, sino lo siguiente: que en el punto de llegada del mensaje, se toma constancia del mensaje. [...] Tomo constancia del signo como tal. El acuse de recibo es lo esencial de la comunicación en tanto ella es, no significativa, sino significativa. (Lacan, 1984/1955-1956, p. 268-269).

En este seminario, Lacan sostiene que la eficacia del complejo de Edipo se entiende a través del “punto de almohadillado” por el cual un mensaje se recibe de forma invertida.³ Esta indicación ubica a los padres como aquellos que pueden ser interpelados por sus hijos, o bien a estos últimos como quienes pueden acusar recibo de la enunciación de los padres —de ahí que suele decirse que los niños son “perceptivos” o “sensibles” y “se dan cuenta de todo”—. Por esta vía, en la decisión de comenzar el tratamiento se pone en juego esta última coyuntura, en la que —como diría Lacan— “se constituye el yo (*je*) que habla con el que escucha” (p. 389). A su vez, este lugar de escucha resuena en el niño como una suerte de “tú eres”:

La función de la segunda persona en esta ocasión es, precisamente, apuntar a lo que no es persona alguna, a lo que despersonaliza. [...] es el *tú* que en nosotros dice *tú*, ese *tú* que siempre se hace escuchar más o menos discretamente... (p. 393).

De este modo, esta presencia de la pregunta en el “tú” refrenda la idea de que no se analiza a una persona, sino una estructura que responde a una coordenada más o menos específica, esto es, un punto de interpelación que Lacan llamó el “Otro” como uno de los polos de nacimiento del sujeto. Por eso esta pregunta no tiene por qué tener la forma de una pregunta, sino que se reconstruye desde la posición del analista que atiende a quien no pudo dejar de escuchar y recibir el efecto del mensaje:

La pregunta que yo (*je*) me hago [...] si ella surge, si ella nace, es siempre a causa de un modo de aparición de la palabra que podemos llamar de diferentes modos, la misión, el mandato, la delegación [...]. Ese *tú* eres esto, cuando lo recibo, me hace en la palabra otro que lo que soy. (p. 397).

Aquí puede advertirse, entonces, el efecto despersonalizante de la palabra, ese punto en que se hace presente para producir extrañeza.⁴

Asimismo, ese “tú” habla del efecto de división subjetiva que se produce a través de la puntuación del Otro. De esta manera, la palabra establece un pacto entre el sujeto y el Otro. De acuerdo con estos términos es que Lacan entiende la relación entre el hombre y la mujer, a partir de la afirmación “Tú eres mi mujer” como modelo de la palabra plena. Sin embargo, esta elaboración adolece de ciertos aspectos problemáticos: por un lado, no especifica cuál sería la diferencia sexuada del pacto (de un modo llano, podría decirse que

³ “El esquema del punto de almohadillado es esencial en la experiencia humana. [...] ese esquema mínimo de la experiencia humana, que Freud nos dio en el complejo de Edipo [...]”. (Lacan, 1984/1955-1956, p. 383).

⁴ “Cuando la devolución se presenta de modo bastante desarrollado, podemos estudiar las relaciones recíprocas del *tú*, cuerpo extraño, con el significante que abrocha, que almohadilla al sujeto” (p. 398).

esta es la fórmula del matrimonio, más no del partenaire en tanto sexuado); por otro lado, deja de lado la participación del cuerpo, al quedar la diferencia entre hombre y mujer como un hecho “meramente” signifiante; por último, y como consecuencia de lo anterior, no tiene en cuenta la participación del goce. En efecto, esta última perspectiva es la que Lacan retomará a partir del *Seminario 10* con la introducción del objeto *a*.

La castración como precio

En el *Seminario 10: La angustia* (1962-1963), Lacan culmina un movimiento por el cual gradualmente el padre como agente de la castración va cediendo su lugar a las determinaciones anatómicas que marcan al hombre y la mujer. Mientras la mujer es caracterizada como “mucho más real y mucho más verdadera que el hombre” (Lacan, 2006/1962-1963, p. 208), el varón queda ligado a la pérdida de la potencia, a la cobardía, al temor a perder.

En este contexto, la castración es releída en función del carácter tumescente-detumescente del órgano sexual masculino. Que el orgasmo coincida con el quedar fuera de juego en el varón, así como la cesión de un resto que implica la eyacuación, es lo que lo hace coincidir con la angustia. En la mujer encontramos otra coordenada:

[La mujer] se tienta tentando al Otro [...]. Como lo muestra la famosa historia de la manzana. Cualquier cosa le sirve para tentarlo [...] con esa manzana es suficiente para que ella, el pececito, haga pescar al pescador de caña. Es el deseo del Otro lo que le interesa. (p. 207).

Hacer caer al varón en sus redes supone el poder dejarlo fuera de juego. La interpelación a nivel del deseo del partenaire tiene sus resonancias en la relectura que realiza Lacan del *acting out*, donde la joven homosexual de Freud y Dora ocupan el centro de la escena. El *acting* supone un modo, mediado de una escena, de interpelar el deseo del Otro. La mostración en juego es la del objeto causa, el cual se exhibe a su vez aislado y velado para el partenaire. Y, a la hora de ejemplificar esta interpelación al deseo, las mujeres que pasaron por el diván de Freud se llevan el rol protagónico en la escena, dejando los “sesos frescos” del paciente de Kris relegados a un papel secundario.

Cabe preguntarse si el viraje desde un Edipo a medida del hombrecito, a este varón a la defensiva, presente en el *Seminario 10*, guarda alguna relación con los cambios culturales que detonó la popularización de la pastilla anticonceptiva: cuando comenzó a dictarse el seminario, ya se escuchaba en la radio el primer single de *The Beatles*, anticipando el *flower power* la minifalda asomaba por las calles de París. Liberada del

riesgo de un embarazo no deseado, la brecha entre la sexualidad y la reproducción se expande, ampliando el campo de la sexualidad femenina. Afirmar que “la mujer no tiene ninguna dificultad ni, hasta cierto punto, corre riesgo alguno buscando lo que es el deseo del hombre” (Lacan, 2006, 1962-1963, p. 218) tenía sus bemoles diez años atrás. En ese entonces, el padre podía ser un “padre genital”, pero la madre.... mejor que deseara el niño, aunque solo sea para ser interdicta.

Es destacable también la fórmula que propone Lacan como propia del modo de una conquista irresistible, allí donde se hace escuchar un pronunciamiento diferente al del pacto: “Te deseo, aunque no lo sepa”. Lacan explica así su potencia:

Allí donde consigue, por inarticulable que sea, hacerse oír, ésta, se lo aseguro, es irresistible. [...] ¿Y por qué? No voy a dejarlos con la adivinanza. Supongamos que tal fórmula fuera decible. ¿Qué es lo que con ella digo? Le digo al otro que, deseándolo, sin duda sin saberlo, siempre sin saberlo, lo tomo como el objeto para mí mismo desconocido de mi deseo. Es decir, [...] te identifico a ti, a quien yo hablo, con el objeto que a ti mismo te falta. Tomando prestado este circuito obligado para alcanzar el objeto de mi deseo, realizo exactamente para el otro lo que él busca. Si, inocentemente o no, tomo este desvío, el otro en cuanto tal, aquí objeto —obsérvenlo— de mi amor, caerá forzosamente en mis redes. (p. 37).

La interpelación al otro se produce entre líneas, donde se trata para el ser hablante de soportar el lugar de objeto causa del deseo del partenaire. El deseo como deseo de deseo del Otro —es decir, aquello que deseo es ser objeto del deseo del Otro— implica: por un lado, soportar ese lugar de objeto —lo que Lacan llama “pagar el precio” de ser la garantía de la castración del Otro, y que es el punto donde el neurótico se fuga—; por otro lado, en este seminario, Lacan subraya la dimensión de ficción del deseo, en la medida en que ser tomado por el deseo del partenaire es siempre caer en las redes, es decir, caer en la trampa del Otro.

Asimismo, en este marco de exposición, Lacan pone el acento en cómo la mujer interpela al varón. Ella quiere su castración (es decir, la detumescencia) y eso implica la angustia en el varón:

En la vía que condesciende a mi deseo, lo que el Otro quiere, lo que quiere aunque no sepa en absoluto que lo quiere, es necesariamente mi angustia. [...] si la mujer suscita mi angustia, es en la medida que quiere mi goce, o sea, gozar de mí. Esto, por una simple razón [...] de que no hay deseo realizable que no implique la castración. En la medida en que se trata de goce, o sea, que ella va a por mi ser, la mujer solo puede alcanzarlo castrándome [...]. En relación con lo que constituye la clave de la función del objeto del deseo, lo que salta a la vista es que a la mujer no le falta nada. (p. 196).

Para sostener su relato, Lacan no vacila en tomar como apoyo la evidente diferencia anatómica entre los sexos:

El hecho es que en este punto ella no tiene nada que desear. Quizás trataré de articular anatómicamente por qué. La analogía clítoris-pene está lejos de tener algún fundamento. Un clítoris no es simplemente un pene más pequeño, es una parte del pene, que corresponde a los cuerpos cavernosos. (p. 196).

Más allá de los vericuetos de sus argumentos en este nivel, queremos destacar que Lacan define al hombre y a la mujer partiendo de sus diferencias anatómicas. Estas son una condición necesaria (aunque no suficiente) para ordenar el par hombre-mujer. Decir esto en otros ámbitos es una obviedad, pero el acento excesivo en el determinismo del significante, nos hace olvidar por momentos que el cuerpo también condiciona al ser hablante; cuestión que tomará toda su relevancia en los próximos seminarios. En el apartado próximo lo demostraremos en torno al *Seminario 14: La lógica del fantasma*.

La interpelación del sexo

Es interesante explorar el sesgo clínico que toma Lacan en un momento de elaboración de lo que luego formalizara en sus conocidas fórmulas de la sexuación. La preeminencia de tal formalización en la transmisión de la enseñanza de Lacan hace que a veces nos perdamos la riqueza clínica que está presente en los eslabones intermedios. Tal es el caso de algunas clases del *Seminario 14: La lógica del fantasma* (1966-67). Incluso este seminario es más conocido por la complejidad de sus articulaciones con la matemática y la elaboración de diversos matemas, que han sido objeto de varios estudios, quedando en las sombras aquellos pasajes donde la referencia a la experiencia es más inmediata.

Lacan vuelve aquí sobre las consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre sexos. Sostenido en la biología, se propone indagar “como puede jugar, un órgano tan local y en apariencia funcional como el pene, un rol donde podemos entrever la verdadera naturaleza de la satisfacción en la relación sexual” (s.p., Clase del 1/3/1967). Precisa al respecto que es:

[...] en tanto órgano, asiento de la detumescencia, que el sujeto puede tener la ilusión (seguramente tramposa, pero por tramposa no menos satisfactoria) de que no hay resto, [...] concierne al goce, ya que al mismo tiempo da su límite, en tanto que el goce estaría en el centro de la satisfacción sexual (s.p., Clase del 1/3/1967).

Entonces, el órgano sexual masculino, por un lado, genera la ilusión de que no hay resto del encuentro sexual, lo que se evidencia en el decir cotidiano: el encuentro sexual se puede reducir a “un polvo”, “un fierro” o “un pase”. Por otra parte, la detumescencia a su vez marca un límite muy preciso al encuentro y el goce. Esta indagación da lugar a una versión temprana de la no-proporción-sexual. Lo heterogéneo de los goces masculino y femenino aquí es una consecuencia del carácter detumescente del órgano sexual masculino. Lo que marca el encuentro entre los sexos con una brecha respecto del ideal del goce del Otro:

Esta es la cara más decepcionante que se suponga de una satisfacción, si se trataba simplemente de goce. Pero cada uno sabe que si algo está presente en la relación sexual es el ideal del goce del Otro, también lo que constituye su originalidad subjetiva, pues *es un hecho que al limitarnos a las*

funciones orgánicas nada sea más precario que este entrecruzamiento de los goces. Si algo nos revela la experiencia, es la heterogeneidad radical del goce masculino y del goce femenino, justamente por esto hay almas bondadosas ocupadas, con mayor o menor escrupulosidad, en verificar la estricta simultaneidad de su goce con el de su partenaire. ¡A cuanto fracaso de señuelos y embustes se presta! (s.p., Clase del 1/3/1967, énfasis nuestro).

El ser hablante es interpelado por el encuentro mismo en términos de goce, y siempre destinado al fracaso. Y es este fracaso el que funda, como sutura, la búsqueda del don del amor:

Se trata de otra cosa que de esa pequeña acrobacia erótica [...] si algo se funda alrededor del goce del Otro es porque la estructura que hemos anunciado hace surgir el espectro del don. Es porque no tiene el falo que el don de la mujer toma un valor privilegiado en cuanto al ser, se llama el amor, es el don de lo que no se tiene. [...] En la relación amorosa la mujer encuentra un goce, si se lo puede decir, *causa sui*; en efecto, lo que da bajo la forma de lo que no tiene es también la causa de su deseo. (s.p., Clase del 1/3/1967).

Indica Lacan, entonces, que la-no-proporción-sexual no es “sutable” mediante la búsqueda denodada del goce del partenaire ni el ideal del orgasmo simultaneo, sino que esta falla a nivel del goce abre el campo del amor y el deseo. El goce que excede al falo no se sutura a nivel de un esfuerzo en la performance sexual, sino que esta brecha entre el goce fálico y el goce femenino se salda por el puente de la historización del encuentro, es decir, la historia de amor.

Por otro lado, en el mismo seminario, Lacan pone el acento sobre lo que la masturbación tiene de coartada respecto del encuentro con el otro sexo. Afirma que:

No basta decir que la masturbación no tiene nada de fisiológicamente nocivo y que es por su lugar en cierta economía subjetiva que toma su importancia. Diremos aún [...] que puede tomar un valor netamente hedonista, ya que puede ser empujada hasta el ascetismo, y que tal filosofía puede hacer de eso, a condición de tener con su práctica una conducta coherente, un fundamento de su bienestar. (s.p., Clase del 24/05/1967).

Primera cuestión: la masturbación queda del lado de un bienestar que prescinde del encuentro con el partenaire. Lacan, evidentemente, no adhiere al sesgo religioso que trata a la masturbación como una desviación de la función reproductiva. Subraya que:

[...] está [...] fuera de juego alegar según la tradición moralista que la masturbación es culpable y aún un pecado grave diciendo que desvía un medio de su fin, siendo el fin la producción de cristianitos [...]. Que sea llevar un medio al rango de fin no tiene nada que hacer en la cuestión tal como hace falta plantearla. (s.p., Clase del 24/05/1967).

Pero no por ello hace una apología del goce solitario, sino que apunta a otro nivel de lectura: lo problemático del encuentro sexual, respecto del cual el goce solitario es una coartada:

Al contrario debemos situarlo por relación al pasaje del sujeto a la función significante, en este lugar preciso y fuera del campo ordinario en el que nos acostumbramos con la palabra acto, en este punto problemático que es el acto sexual. Es decir, el pasaje del goce, ahí donde puede ser asido, ya que sea por una prohibición, para atenernos a una palabra

utilizada, a cierta negativización para ser más prudentes, y poner en suspenso esto que podría llegar a formular de manera precisa, que este pasaje, en todo caso tenga una manifestación con la introducción del goce en una función del valor, he aquí en todo caso lo que puede decir sin imprudencia. (s.p., Clase del 24/05/1967).

El encuentro del goce con el partenaire implica su negativización: entra en la lógica del más y el menos, en el campo del circuito deseo-castración. El goce se trasmuta en un valor; lo cual se evidencia cotidianamente en la observancia respecto de si hubo o no un orgasmo, que ya no es sólo goce propio, sino “homenaje” al partenaire. Lacan equipara esta puesta en valor con una transmutación del goce: “La experiencia [...] nos anuncia la correlación del pasaje de un goce a la función de un valor, es decir, su profunda adulteración” (s.p., Clase del 24/05/1967).

El goce queda sensiblemente adulterado en función de la inmisión del partenaire en su recorrido. Lacan subraya que la castración “es referida como distinta de un goce autoerótico [...] lo que está en cuestión, este autoerotismo que podría tener un sentido preciso, el del goce local, manejable como todo lo local [...]” (s.p., Clase del 24/05/1967). Subrayemos el carácter “manejable”. Entrar en el campo del encuentro entre los cuerpos implica quedar condicionado por el deseo del Otro. En la clínica escuchamos a nuestros obsesivos admitir sin rodeos: “Prefiero pajearme a coger”. Un paciente casado describía sus noches como una triple P: “Porro, porno, paja”. Su práctica preferida era enviar a terceros fotos de su mujer, que quedaba durmiendo sola en la habitación contigua. En otro caso, un adolescente evita los encuentros sexuales por miedo a fracasar, mientras se masturba —cuenta avergonzado— diariamente. La carencia de obstáculos al encuentro sexual pone en evidencia estos cortocircuitos de la sexualidad en el varón. Incluso el recurso a la prostitución pone en evidencia que se trata de un modo de volver manejable lo que de otro modo queda bajo el enigma del deseo del partenaire.

El encuentro con el partenaire introduce la cuestión de cierto pasaje, de un acto que abre al goce a un circuito más amplio. En tal sentido, afirma Lacan:

El interés de la introducción de la palabra ‘acto’ es [...] saber si el acto sexual [...] tiene relación con el advenimiento de un significante, representante del sujeto como sexo ante un significante, o si tiene el valor de lo que llamé en otro registro, el encuentro, a saber el encuentro único, el que cuando pasa es definitivo. (s.p., Clase del 24/05/1967).

Tal acto implica, al menos, dos saldos subjetivos: por una parte, respecto asunción del semblante de uno de los sexos ante el partenaire. Un semblante masculino o femenino, es aquí lo que representa al ser hablante para el otro sexo. Por el otro lado, un saldo subjetivo del encuentro, lo que llamamos cotidianamente “tener química”, o “tener piel”: si hubo (o no) un encuentro prometedor entre ambos partenaires. La tensión generada por la espera de algún modo de “devolución” por parte del partenaire es una evidencia clínica: un

mensaje vía celular con el texto “La pasé muy bien con vos”, o su ausencia, hacen toda una diferencia. Por ello, Lacan insiste en distinguir estas dos cuestiones:

Marquen dos registros distintos, a saber, que si en el acto sexual el hombre llega a hombre en su estatuto de hombre y la mujer lo mismo, es otra cuestión que saber si se tiene sí o no que encontrar su partenaire definitivo, ya que se trata de eso cuando se evoca el encuentro. (s.p., Clase del 24/05/1967).

La cuestión del ser hombre o ser mujer queda asociada a los saldos subjetivos del encuentro. En cada encuentro, el ser hombre o ser mujer se pone en cuestión; es esta puesta en cuestión del semblante la que queda elidida en la satisfacción masturbatoria. Entonces, es el encuentro sexual el que interpela a ambos partenaires, tanto en su “ser hombre” o “ser mujer”, como en el hecho de si al partenaire le resta o no el deseo de repetir la experiencia. En las parejas constituidas, las experiencias fallidas, o bien la ausencia de encuentros, así como su frecuencia, conmueven a veces los cimientos mismos de lo que se armó allí. Así, el acto sexual interpela de modo constante la comunión entre los partenaires.

Por último, el goce supuesto a la mujer —luego llamado “goce Otro”— evidencia la heterogeneidad de goces. Dice Lacan que “en lo atinente al goce femenino; nos basta ubicarlo para inaugurar una dimensión que, aún si no hemos entrado por no poder, es esencial situarlo” (s.p., Clase del 24/05/1967). El goce femenino abre la dimensión de aquello del encuentro que no entra en el lenguaje. Subrayamos ya el sustrato orgánico del complejo de castración, en cuanto Lacan lo asocia —sin que se agote en ella— a la detumescencia:

Decir que hay complejo de castración, es decir, que la de tumescencia no basta para constituirlo, es lo que hemos, con algún pesar, tomado el cuidado de afirmar al principio ese hecho de experiencia: que no es la misma cosa copular que pajearse. (Lacan 1966-67b)

El goce supuesto a la mujer marca la brecha entre “pajearse” y el acto sexual. Es aquello que la satisfacción autoerótica elide. La detumescencia abre el campo de la suposición de un goce que no esté atrapado por ese límite preciso:

No queda menos que esta dimensión que hace que la cuestión del valor de goce se enganche, tome su punto de apoyo, de pivote, donde la detumescencia es posible. [...] No debe ser descuidada la función de la detumescencia, aunque tengamos que pensarla sobre el plano fisiológico [...]. La detumescencia no está más que para recordar el límite del principio del placer. La detumescencia en el acto genital, por ser la característica del órgano peneano, en la medida en lo que ella soporta de goce es puesta en suspenso, está ahí [...] para introducir que hay un goce más allá, que el principio del placer funciona como límite al borde de una dimensión de goce en tanto que es sugerida por la conjunción llamada acto sexual. (s.p., Clase del 24/05/1967).

Esta aquí queda esbozado cómo el acto sexual introduce el horizonte de un goce más allá del límite que marca la detumescencia. Por ello, Lacan ubica que:

[...] la función de la detumescencia puede representar en sí misma el negativo de cierto goce. De un goce que la clínica nos muestra como excesivo, de un goce que está ante lo que el sujeto rehúsa; el sujeto se escapa en tanto que este goce es demasiado coherente con la dimensión de la castración percibida en el acto sexual como amenaza. Todas estas precipitaciones del sujeto respecto de este más allá nos permiten concebir que [...] estos atolladeros, que estos lapsus del acto sexual, demuestran precisamente de qué se trata en el complejo de castración, que la detumescencia está anudada en sí misma, que es reducida a la función de protección como un mal menor contra un mal temido que ustedes llaman goce o castración; a partir de ahí cuanto más pequeño es el mal más se reduce, más perfecta es la evasión (s.p., Clase del 24/05/1967).

En esta línea Lacan sitúa a la eyaculación precoz (a la que rebautiza como detumescencia precoz) como una forma de evasión:

Tal es el resorte clínicamente en las curas de todos los días de todo lo que puede pasar bajo los diversos modos de la impotencia, más especialmente en tanto que están centrados alrededor de la eyaculación precoz. [...] Entonces sólo hay goce referible al propio cuerpo ya lo que está más allá de los límites que le impone el principio del placer. (s.p., Clase del 24/05/1967).

El punto conclusivo es que este goce “más allá”, implica a todas luces un más allá del principio de placer. La detumescencia queda entonces como guardián del hedonismo.

Es sobre ese plano que Tánatos puede encontrarse de alguna manera en conexión a Eros. Es en la medida en que el goce del cuerpo se evoca más allá del principio del placer, y no en otra parte, que el acto pone un agujero, un vacío, una hiancia, en su centro, alrededor de lo que está localizada la detumescencia hedonista; a partir de ese momento se plantea la posibilidad de la conjunción de Eros y Tánatos. [...] podemos al menos retener, recoger, esta verdad: que el encuentro sexual de los cuerpos no pasa en su esencia por el principio del placer. (s.p., Clase del 24/05/1967).

La cuestión central, entonces, es que el encuentro entre los cuerpos supone un goce más allá del placer: en cuanto interpela a ambos sexos y confronta con la castración. Es esta la brecha que revela la cura analítica respecto del goce masturbatorio. La castración abre el campo de un goce supuesto más allá, un goce que no está sujeto a la castración e interpela a ambos partenaires. En tal sentido, concluye Lacan:

Sin embargo, para orientarse en el goce que supone (orientarse no quiere decir entrar), no hay otra suerte referencia que esta suerte de negativización llevada sobre el goce del órgano de la copulación en tanto que define al presumido macho, a saber, el pene. De ahí surge la idea de un goce femenino, he dicho surge la idea y no el goce. Es una idea, es subjetivo. (s.p., Clase del 24/05/1967).

La indicación de este goce subraya la fragilidad de los semblantes masculino y femenino: en cuanto el varón está marcado por un cortocircuito respecto de este goce, presa de los límites del goce fálico. La mujer, en cuanto este goce se distingue por la falta de inscripción: no es mensurable y no entra, por lo tanto, en el campo de lo decible. De allí que Lacan insista con el (prudente) silencio que afecta a las analistas respecto de este goce supuesto a la mujer. La blasfemia de Tiresias de procurar mensurarlo, por más ventajosa que sea la comparación con el goce fálico, no puede sino repetir la operación de reducción al goce fálico, que replica la suposición de un campo de goce no inscribible. Por tal razón, los fenómenos corporales asociados al orgasmo femenino no habitan el lenguaje como lo hace la erección y la puesta fuera de juego del varón.

Conclusiones

En el presente artículo hemos explorados tres diversas modalidades de la relación entre los sexos a partir de la enseñanza de Jacques Lacan. En primer lugar, hemos presentado la estructura del pacto, y ubicado sus limitaciones para situar la diferencia sexuada. En segundo lugar, a partir de la introducción del objeto a, destacamos un movimiento que pone en primer plano el deseo de la mujer que confronta al varón con la detumescencia. Por último, en el apartado más extenso, desarrollamos las consecuencias de la falta de proporción complementaria entre los sexos desde la perspectiva del goce, y destacamos la conceptualización temprana del problema del goce femenino.

El hilo conductor de nuestra elaboración ha sido la función de la interpelación, que definimos como aquello que empuja a tomar una posición respecto de la brecha que hay entre hombre y mujer. En primera instancia, podría pensarse que esta diferencia tiene un estatuto simbólico, y así lo plantea Lacan en los primeros seminarios; pero con el decurso de la enseñanza la diferencia entre los sexos comienza a retomar el peso de la “cuestión del cuerpo”. Por lo tanto, en segundo momento, cabría afirmar que Lacan retorna a una tesis freudiana —a pesar de los intentos tempranos de localizar la pregunta por el ser sexuado en términos significantes—, la de la incidencia de la diferencia anatómica. Sin embargo, Lacan no alcanza a promover una sentencia del tenor freudiano, al estilo “La anatomía es el destino”. En todo caso, como hemos demostrado, el cuerpo propone un condicionamiento, que no debe ser entendido como una determinación. Hablamos aquí del cuerpo como ese soporte ineludible de los semblantes masculino y femenino: en cuanto puede entrar en el encuentro sexual como causa de deseo o instrumento de goce.

A raíz de esta modificación del eje de la interpelación (de lo simbólico del significante a lo real del órgano), cabe plantear un tema ineludible para ingresar a la lectura de los últimos seminarios de Lacan: la noción de semblante. Para concluir este artículo, dejaremos en estado de pregunta, por lo tanto, una serie de interrogantes: 1. ¿Cuál es la relación entre cuerpo y semblante?; 2. ¿Cómo pensar la articulación entre goce y semblante?; 3. Acaso, ¿es posible proponer que el goce femenino está “más allá” del semblante? Tales interrogantes serán motivo de indagación en futuros trabajos.

Referencias bibliográficas

- Allouch, J.** (2011). *El amor Lacan*. Buenos Aires: El cuenco de plata.
- Lacan, J.** (1984). *El Seminario de Jacques Lacan. Libro 3: Las psicosis*. Buenos Aires: Paidós. (Seminario realizado originalmente en 1955-1956).
- Lacan, J.** (2006). *El Seminario de Jacques Lacan. Libro 10: La angustia*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J.** (1966-67). *El Seminario. Libro 14: La lógica del fantasma*. Inédito. Clase del 1/3/1967 y Clase del 24/05/1967. Traducción de la Escuela Freudiana de Buenos Aires.
- Miller, J.-A.** (2008). *El partenaire-síntoma*. Buenos Aires: Paidós.
- Soler, S.** (2000). *La maldición sobre el sexo*. Buenos Aires: Manantial.

Para citar este artículo / To cite this article / Pour citer cet article / Para citar este artigo (APA):

Lutereau, L., & Thompson, S. (2015). Lo que interpela en la pareja. Tres momentos de la no-proporción sexual. *Revista Affectio Societatis*, 12(23), 116-129. Medellín, Colombia: Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia. Recuperado de <http://aprendeenlinea.udea.edu.co/revistas/index.php/affectiosocietatis>